



CAPITULO VII.

JESÚS HIJO DE DIOS.

La primera residencia de Jesús en Jerusalem y su apostolado en Judea habían producido resultados considerables.

Ellos le habían señalado á la nación entera, al pueblo y á la jerarquía, á los indiferentes y á los fanáticos de la Ley, á los ignorantes y á los sabios. La multitud, en general, arrebatada por sus milagros, le tuvo por un profeta; muchos aun entre aquellos que estudian las Escrituras, á ejemplo de Nicodemo, no podían rehusar ver en él á un enviado de Dios y un Maestro.

Es de notarse sin embargo que, en el tumulto de la multitud, el nombre de Mesías no es pronunciado. El aspecto del obrero Galileo no corresponde á los sueños de la imaginación popular ni á las preocupaciones de la ciencia farisaica; Jesús, por lo demás, evita con una circunspección extrema toda palabra, todo acto que pudiera excitar á los unos y halagar á los otros.

La ofensiva vigorosa que él tomó en el Templo para la expulsión de los vendedores, revela al Reformador espiritual á quien devora el celo de Dios; él no es solamente como el Bautista, una voz que habla en el Desierto á las conciencias, es una autoridad que interviene en la organización misma de la teocracia. Los poderes públicos desde luego lo han sentido, y con ese instinto que no engaña nada á los que se consideran amenazados, ellos presienten en Jesús una fuerza que será preciso someter, romper ó suprimir. Pero las astucias y las violencias del hombre, su corta ciencia y su poder de un día, sus maquinaciones y destrucciones, jamás han logrado impedir lo que debe ser.

En este primer encuentro con los jefes religiosos, Jesús todavía no se ha revelado á sí mismo; él ha tomado una actitud cuya firmeza les ha sorprendido y cuya santa audacia les ha dejado estupefactos; fuerte con su derecho en un acto que se recomendaba del más puro sentimiento de religión y de justicia, él ha desdenado declinar esos títulos, y se ha retirado huyendo de la multitud de quien él desconfía, alumbrando á las almas de buena voluntad, dejando á la jerarquía admirada, intrigada y ya amenazadora.

Diez meses después reapareció en Jerusalem.

Aunque contenido todavía y reservado en su acción pública, su fuerza ha radiado lejos. Si alguna vez sus enemigos hubieran concebido el pensamiento de desdenarle, su ascendiente en aumento hubiera disipado esta ilusión. El momento de decir lo que él era, de explicar á sus mismos adversarios su misión divina, de probar su derecho ante la autoridad religiosa, había llegado; Jesús va á declarar la plena grandeza de su papel religioso.

La ocasión fué un milagro del que importa conocer la relación detallada, porque esos detalles, realizados con acritud por

los Fariseos, son los que trajeron el encuentro de Jesús y de los jefes de la nación.

Había en Jerusalem, cerca de la puerta Probática, una piscina,¹ rodeada de cinco pórticos, llamada por los Judíos Bethesda,²—especie de hospital que servía, durante el día, de refugio á los enfermos contra el viento, el sol y la lluvia. Ahí se veía, yacente, á una multitud de enfermos, de ciegos, de cojos y de hombres cuyos miembros estaban secos. Se le atribula una virtud sobrenatural al agua de la fuente. Por momentos, sacudida por una fuerza misteriosa, ella se agitaba, y el que, el primero, se arrojaba á la piscina hirviente, salía sano y salvo cualesquiera que fuese su enfermedad.

Ahora, entre esos desdichados, se hallaba un hombre paralítico hacia treinta y ocho años.

Jesús vino á él, y sabiendo que, hacía mucho tiempo, él estaba enfermo:

—“¿Quieres ser curado?” le preguntó.

—Señor, respondió el enfermo, yo no tengo á nadie para arrojarne á la piscina, cuando el agua se agita; mientras que yo llego, otro se me adelanta y baja antes que yo.

—“Levántate, le dijo Jesús, toma tu lecho y anda.” Al instante mismo, este hombre fué curado, y tomando su lecho anduvo.

Ese día fué un sábado.

Los Fariseos, viendo al enfermo llevar su lecho, exclamaron escandalizados:—Este día de sábado no te es permitido llevar tu lecho.

Pero él les respondió sin desconcertarse:—El que acaba de curarme me ha dicho: “Toma tu lecho y anda.” Ellos le preguntaron:—¿Cuál es, pues, este hombre que así te ha hablado?

El no lo sabía; porque Jesús se había retirado de la multitud que se hallaba en ese lugar.

¹ Véase el Apéndice E. La Piscina de Bethesda.
² Beth-Hesda, Casa de beneficencia.

Algún tiempo después, Jesús encontró en el Templo al enfermo á quien había curado.

—“Héte allí ya sano, le dijo él, no peques más, de miedo que no te llegue algo peor.”

El desorden orgánico es más que un símbolo, él puede ser un efecto del desorden moral, porque las enfermedades tienen á menudo su causa en el pecado. El vicio que turba al alma engendra mil enfermedades que atacan las funciones de la vida, las trastornan, las disminuyen, las exasperan, las paralizan. El dolor físico llega á ser también el castigo de Dios. “El que desfallece delante de él, en su conciencia, dicen los sabios inspirados de Israel, cae en manos del médico.” El enfermo curado por Jesús era sin duda uno de esos culpables, Jesús se lo acordó. Después de haberle dado la salud, él quiso despertar, relevar y purificar su conciencia; porque su virtud divina no tocaba al cuerpo sino para tocar y salvar al alma.

Desde que él hubo conocido á su benefactor, el paralítico, llevado por el reconocimiento, se fué, publicando por todas partes el nombre de Jesús, sin dudar que revelando á los Fariseos á aquel de quien tenía la salud, podía exasperar su envidia y su odio. El fué, en efecto, motivo de las nuevas persecuciones que marcaron la segunda aparición del Profeta en Jerusalem.

Se le buscó, se le persiguió; él por entonces no se discubrió, porque entraba en su destino luchar hasta el momento fatal contra sus enemigos, tratar de convencerles, y, si no debía lograrlo, terminar por confundirlos. El pasaba sus días en el Templo, conversando, enseñando, y multiplicando sus beneficios. Su nombre no era un misterio; su presencia removía más y más al pueblo, que no discute, no razona, y que sufre el encanto de cualquiera personalidad bastante poderosa para sorprender su imaginación. Ningún hombre le ha impre-

¹ Eclesiast., XXVIII, 10.

sionado tan profundamente como Jesús; ahí es donde debe buscarse la primera causa de la antipatía natural que él encontró en la aristocracia judía. Se le hubiera dejado pasar con indiferencia, á él y á su doctrina, se le hubiera confundido entre la turba de publicanos y de pecadores, bajo el mismo insolente desprecio; pero él obraba, él atraía, ahí estaba su crimen.

En un sér superior, lo que la autoridad amenazada ataca y combate, es su acción; lo demás no es más que el pretexto. Todo, por lo demás, en Jesús, imitaba á los representantes de la autoridad y á los maestros, desconcertaba sus preocupaciones, chocaba las pretensiones del orgullo nacional ó de la piedad intolerante: su origen galileo, la inferioridad de su condición, la intrepidez de su iniciativa, su desdén por todas las tradiciones de los Fariseos; la originalidad de una enseñanza y de una palabra que no dependían de ningún maestro y no se apoyaban sobre ninguna autoridad humana. Por un designio secreto, la providencia ha despojado á Jesús de toda apariencia capaz de halagar, bajo el punto de vista terrestre, á la opinión pública. Aun cuando él se manifiesta por sus palabras y por sus actos, es raro que, en los unos ó en los otros, algún detalle no hiera á la costumbre ó las doctrinas sectarias de los partidos; así es como él ilumina y ciega, edifica y escandaliza. Los corazones rectos le reconocen, los espíritus prevenidos le rechazan.

El es por excelencia,—toda su vida lo prueba,—el sér velado.

El es de sangre real y davídica, pero su familia es decaída; él ha nacido en Belem, mas él pasa por un nazareno; él habla como ningún maestro ha hablado, pero él no tiene ningún título de escuela; él multiplica las señales de su potestad, pero éstas no son las que reclaman los Judíos; él cura, pero frecuentemente es el día sábado; él se dice el Mesías, pero sin tomar el papel terrestre que exigen los doctores; él insiste con una uerza de afirmación creciente respecto á su filiación divina,

igualándose á Dios; pero justamente esta filiación divina es la que ofende á los jefes religiosos y quien, para ellos, es el mayor de los blasfemos; él funda el Reino de Dios y promulga la ley, pero este reino y esta ley, son el fin de la potestad y de la ley judías; Moisés es sobrepujado, Israel debe transformarse ó morir.

Al saber la curación del paralítico en la piscina de Bethesda, las autoridades judías no piensan en admirar lo que ella tiene de prodigioso. Como todos los espíritus prevenidos, estrechos, malquerientes, ellos relevan el detalle que les choqa, y se irritan, ofendidos en su vana religión. Que Jesús cure con una palabra al paralítico, esto no es nada para ellos; él ha curado en día de sábado, ordenado á un hombre que lleve su lecho, con desprecio de la ley del reposo sabatino; esto es un escándalo. Sus reglamentos arbitrarios, sus tradiciones humanas, sus decisiones de escuela, su casuística miserable: he aquí lo esencial; cualesquiera que no se encorve bajo ese yugo, es un culpable, un pecador, un revoltoso; es necesario reprimirle y perseguirle. Nada más inexorable é irritable que los espíritus entregados á esas clases de aberraciones; el hombre que ama á Dios y que le adora en verdad es dulce, pero aquel que se ama á sí mismo bajo la máscara de la religión, es siempre áspero y violento. La verdadera devoción se forma de mansedumbre; la falsa, de hipocresía y de acidez. La gran mayoría de los miembros de la jerarquía, Saduceos y Fariseos, habían pervertido de una manera extraña la ley mosaica; esta perversión inveterada, cegándoles y abrogándoles, debía cerrarles á la verdad, inspirarles contra Jesús una repulsió y una violencia que nada ha podido vencer.

Jesús fué, pues, acusado, por los Fariseos, de violar el sábado. ¿Esta acusación fué un acto jurídico? ¿Debió el compa-

¹ El término *ἐδίωξον* que la *Vulgata* ha traducido por la expresión *persequerentur*, puede interpretarse en el sentido de perseguir en justicia.

recer ante el tribunal encargado de juzgar los delitos religiosos? Es posible. Quizá la intención del Sanhedrin no iba hasta allá, y algunos miembros fueron solamente enviados á Jesús para reprocharle el desprecio á la Ley. En toda hipótesis, la respuesta de Jesús debe ser estudiada muy íntimamente, en el resumen que el cuarto Evangelio ha conservado; ella ha sido para él la ocasión providencial de declarar netamente, solemnemente, lo que él era, de mostrar al Sanhedrin ó á sus emisarios en qué consistía su obra religiosa, y de invocar los títulos innegables sobre los que se fundaba su acción pública.

El reproche dirigido á Jesús no se apoyaba para nada en la ley de Moisés, él no podía legitimarse sino por los reglamentos arbitrarios y de una pueril sutileza, con que los escribas y los doctores la sobreapoyaban. Mas esas prescripciones meticulosas les preocupaban más que la Ley misma: lo accesorio, un vano accesorio les hacía olvidar lo esencial; sus ideas mezquinas tomaban el lugar de la palabra de Dios. Cegados por la letra, extraños al espíritu, ellos sofocaban esta palabra, en vez de penetrarla. Una de esas reglas bizarras prohibía precisamente transportar el más pequeño objeto de un sitio á otro, el día de sábado, á menos de una necesidad urgente.*

Jesús, para justificarse, desdeña, en esta circunstancia, mostrar á sus acusadores la vanidad y la nulidad de sus costumbres y ordenanzas, él tiene un derecho superior á reivindicar; él no apela á las sutilezas farisáicas á la pura Ley de Moisés, él no se exime de la libertad inalienable de hacer el bien que ninguna disposición humana podría estorbar; él no discute, él afirma, invocando como suyo el derecho mismo de Dios y el ejemplo de su Padre, y con la plena conciencia de su filiación divina, él les dijo:

—“Mi Padre obra sin cesar, y yo también.”

Dios no conoce el reposo, él es la actividad misma; su vir-

* Talmud, Schabbat, fol. 6, 1.

tud no se cansa jamás, por su acción las cosas son y viven, por ella es por la que ellas duran y se mueven. La cesación de su influjo sería el anonadamiento de toda criatura á quien su palabra siempre vibrante conduce, nutre, desarrolla y lleva hacia él anhelante.

El hombre está gobernado en su movimiento libre por su conciencia y por su razón incierta que le dicta preceptos y compone códigos, Jesús no está gobernado en su vida sino por la voluntad y el ejemplo de su Padre. El le escucha y le ve; los actos de su humanidad no son más que la ejecución de esta voluntad inefable y la imitación de este ejemplo eterno; lo que su Padre quiere, él lo quiere; lo que su Padre hace, él lo hace; como ninguna autoridad humana podría debilitar la autoridad de Dios, ninguno podría debilitar la suya; su derecho de obrar es igual al del Padre. El Padre trabaja sin cesar por la salvación de la humanidad; esta obra es constante, progresiva como su amor, ella no ensaya, ni detiene, ni descansa.

—“Y yo, dijo Jesús, trabajo del mismo modo con él.” ¿Qué sábado puede suspender la concentración en Dios de toda criatura?

Una respuesta semejante afirmó netamente la divinidad del Mesías y la mesianidad de Jesús.

Estas dos verdades, que resumen todo el Evangelio, están en la base misma de la obra del Maestro, ellas penetran al través de todos sus discursos, ellas explican su vida entera, las hostilidades y los odios que ella enciende, el desenlace trágico que la ha terminado, y la acción prodigiosa que él ha ejercido sobre todo después de su muerte.

Los doctores judíos y los miembros de la jerarquía han opuesto mucha obstinación en negar la una y la otra.

Olvidando la doctrina constante de los profetas, abandonando sus más sublimes enseñanzas, absorbidos por las cuestiones ceremoniales, jurídicas, de la Ley, separados por sus preocu-

1 Hebreos, I, 3.

paciones políticas y nacionales, relegando á Dios en su unidad de la que ellos desconocen el misterio, ellos jamás han querido, para la mayor parte, reconocer el derecho primordial del personaje mesiánico, el único derecho que podía explicar la función. Ellos le concedían todos los privilegios: el juicio universal, la salvación, la regeneración del mundo, la fundación del Reino de Dios, la victoria sobre todos sus enemigos, el asiento eterno á la derecha de Dios, la asociación á su potestad y á su gloria; pero ellos le rehusaban obstinadamente la divinidad, y, en sus preces cotidianas, ellos no cesaban de decir: "Escucha, Israel, Jehovah es nuestro Dios, y Jehovah es uno," interpretando esta fórmula en un sentido unitario que excluía en Dios una verdadera filiación.

Sin embargo, más de un maestro escapaba á esta aberración de las ideas mesiánicas, y se guardaba de oponer la santa unidad de Jehovah á la divinidad del Mesías. Los autores de los apócrifos y de los libros sibylinos ciertamente no han participado de esos errores de escuela; los testimonios tan formales de Juan Bautista sobre la filiación divina de Cristo no han quedado sin eco.

Ahora, el título de Hijo de Dios es precisamente el único que Jesús reivindica como Mesías; y tal era la violencia de las preocupaciones de esos escribas, de esos doctores, de esos sacerdotes, de esos jefes, que al tomarle, él debía escandalizarles y acumular contra él todo el odio de su fe religiosa.

Jesús no transigirá, él atestiguará lo que es sin equívoco, sin disfraz, y, siempre que tenga delante de él á los representantes de la ciencia, y de la autoridad, él les hablará sin parábolas, en términos de una claridad que ningún sofisma podría cubrir; él no aguardará la ocasión, él la hará nacer. Así fué como á propósito de la observancia farisaica del sábado, él afirmó su filiación divina, y se dió explícitamente como el igual de Dios.

Esta es la primera declaración solemne que hallamos en su vida.

Los enviados del Sanhedrin quedaron indignados, escandalizados:—No solamente él viola el sábado, exclamaron, sino que se atreve á llamar á Dios su Padre, haciéndose él igual de Dios.¹

Desde este momento, Jesús les pareció un blasfemador que era preciso tratar de matar; y él pudo escuchar en su derredor murmurar amenazas de muerte.

Pero aquel que no temía atacar de frente á las preocupaciones, no se dejó intimidar por el odio que sus enseñanzas podían desencadenar. La voluntad de su Padre dominaba todo en él. ¿Qué le importaba la muerte, si esta voluntad le llamaba á morir? ¿Para qué estaba en este mundo, si no era para dar testimonio á la Verdad?

El tomó un acento más solemne y más afirmativo; y lejos de atenuar esta igualdad con Dios que se le reprochaba como á un blasfemo, él la explicó, y la mostró en toda su fuerza.

El tipo, la ley directora de sus acciones no es nada de creado, nada de humano, es Dios mismo, es la acción del Padre.

—“En verdad, en verdad, yo os digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, si no es aquello que él ha visto hacer á su Padre. Todo lo que el Padre habrá hecho, el Hijo igualmente lo cumplió.”

El hombre no ve á Dios, él no puede por él mismo elevarse hasta tomar en Dios el modelo de su vida; mas el Padre ama al Hijo, un mismo Espíritu de amor constituye el lazo inefable del uno al otro, y el Padre revela al Hijo todo lo que hace; entre ellos, es una misma luz, un mismo poder infinito; la igualdad es perfecta, la unión absoluta; ahí está todo el secreto de la naturaleza y de las funciones del Mesías.

—“Las obras que el Hijo ha cumplido con el Padre,” dijo él, “son poco, él cumplirá otras más grandes de las que seréis sobrecogidos de admiración.”

¹ Juan, V, 18.

Jesús revela aquí su destino mesiánico; no es dogmático lo que él enseña, son hechos de orden divino lo que él afirma; él no habla como un doctor el lenguaje de las abstracciones, él abre su conciencia y atestigüa lo que ve y lo que es.

—“El Padre, agrega él, resucita á los muertos, él es el principio de la vida; lo mismo el Hijo da la vida al que quiere. No es el Padre quien les escogió, él ha dado al Hijo el llamar á este ó á aquel, tomar al uno, dejar al otro, hacer la elección, la gran partición, como Hijo del hombre, á fin de que el honor del Padre y el del Hijo sea igual. Por lo mismo, rehusar el honor al Hijo, es rehusarle al Padre quien le ha enviado.

“El medio de tener la vida, y la vida eterna, de no ser arrojado al apartado, de pasar de la muerte á la vida, es escuchar mi palabra y tener fe en Aquel que me ha enviado.”

Todo el papel mesiánico está en esta obra de vida. Los profetas ya habían hablado, con palabras encubiertas que los doctores no podían ignorar. El campo de osamentas áridas visto por Ezequiel, ¿no era la humanidad muerta? La voz de Dios diciéndo á estos huesos secos: “Yo veré en vosotros al Espíritu, y vosotros viviréis,”—¿no es esta la voz del Hijo del hombre, del Mesías? Cuando Isaías exclamaba: “Que tus muertos resuciten; que mis cadáveres se levanten! Despertad y estremeceós de alegría, habitantes del polvo, porque tu rocío, oh Dios, es un rocío vivificante, y la tierra volverá á dar el día á las sombras,”¹—Isaías—¿no veía la gran era de Cristo? Los mismos rabinos no se han despreciado. Los pueblos de tierras paganas, enseñaban ellos, no tienen la vida,² y los huesos áridos son los hijos de los hombres que no han recibido el rocío de la Ley.

Al afirmar así su misión ante los maestros de Jerusalem, Jesús no les hablaba un lenguaje inaudito; él no hacía más

¹ Ezeq., XXXVII, 1-13.

² Isaías, XXVI, 19 y sig.

³ Ketubb, fol. 3, 2.

que abrir el Libro del que creían tener la llave, y del cual su ciencia ciega no sabía adivinar el sentido profundo.

Sus afirmaciones se fortifican y se hacen más apremiantes, á medida que él habla; pero los oyentes siempre más obstinados se resisten.

—Vosotros esperarís esta resurrección de los muertos predicha por los profetas, á la llegada del Mesías. Y bien, “en verdad, en verdad, yo os digo, ha llegado la hora en la que los muertos escucharán la voz del Hijo del Dios, y aquellos que escuchen vivirán.

“No os escandalicéis.”

Esta no es sino la primera hora y la primera resurrección, la de las almas muertas, y de la humanidad parecida á los huesos desecados; habrá aquella en la que “todos los que están en las tumbas escucharán la voz del Hijo de Dios; y los que han hecho el bien irán á la resurrección de la vida, y los que han hecho el mal á la resurrección del juicio.”

Al distinguir esos dos puntos extremos de su obra, Jesús le dió toda su amplitud, él dejaba ver que ella abrazaba todo lo que está más acá y más allá de la tumba, y él dispó la confusión hecha por un gran número entre las dos resurrecciones, la una moral, misteriosa, oculta en el fondo de la conciencia; la otra material, esplendente, divina, en pleno día del universo. La primera se ejecutaba ya en la palabra de Jesús, del Hijo de Dios oculto en el hijo del hombre despreciado; la segunda permaneció en perspectiva, llena de esperanza y de terror, regocijando á los que no hubieran rechazado á la voz del Mesías, terrible para los que se hubieran obstinado contra su llamamiento.

Para mejor comprender esas pláticas, débese deshacer de la preocupación que los documentos que las traen son estenográficos y acostumbrarse á tratarlos como recuerdos confusos y sumarios.

El pensamiento de Jesús sobre la divinidad del Mesías, so-

bre su papel universal y su obra, siempre y por todas partes es concordante; la forma varía según las circunstancias, el fondo es idéntico. Que él formule su doctrina en la intimidad de una conversación con un Fariseo letrado como Nicodemus, con una mujer inculca de Samaria; ó que él la esponga á un círculo hostil como aquel que aquí le acusa, siempre se la halla con su carácter esencial: la divinidad del personaje y la divinidad de la función. El hombre es impotente para sostener ese papel, él no puede convenir más que á Dios.

Cristo es la fuente de la vida, no de la vida material y pasajera, terrestre y racional,—una vida semejante es comparada á la sombra de la muerte,—sino de la vida espiritual y eterna, celestial y divina; ella brotará de él como un torrente, como un río, inundando á la humanidad; para recibirla, es preciso escuchar su palabra; el que crea en el Hijo de Dios pasará de la muerte á la vida, y el que se cierre al llamamiento permanecerá en la muerte.

Así despojada de todo elemento judaico, la obra mesiánica corresponde á todo lo que habían anunciado los profetas, y aparece en su belleza pura, en su grandeza eterna; ella no halla las preocupaciones de una nación ciega y extraviada, pero halla un eco en la conciencia del hombre y sus más elevadas aspiraciones.

El hombre sabe que él está en la miseria moral y en la muerte, pero él guarda, en lo más profundo de su naturaleza abatida por el mal, el instinto de un destino divino, él tiene hambre y sed de una vida que llenará sus deseos inmensos de verdad, de perfección, de eternidad, y á él es á quien el Hijo de Dios habla para levantarle, resucitarle, vivificarle.

En despecho de su superstición unitaria, de su malevolencia y de su aparición divina, del orgullo del poder y de sus pretensiones altivas, Jesús se hizo escuchar de los Judíos; él ha debido forzar, no digo la admiración quizá, sino el silencio y la atención.

Los más obstinados están subyugados por el prestigio de

la palabra humana, cuando ella está al servicio de la verdad y de la virtud; la palabra divina de Jesús tenía un ascendiente irresistible; ella imponía y ella encantaba, ella aterraba y exaltaba, suspendía la cólera y el odio, dominando á la multitud y admirando á los que creían saber; ella iba adelante de la objeción oculta, adivinaba el pensamiento íntimo de los interlocutores; ella era la espada de dos filos que penetra hasta la sutura del alma y del espíritu, hasta en las articulaciones y en las médulas.¹

El Judío no podía, sin estremecerse, oír hablar de su Mesías. ¿Y qué doctor, qué profeta ha hablado jamás como Jesús? El levanta todos los velos, descubre todos los rastros, muestra la verdad sin sombra y sin reticencia, sencilla y desnuda, no guardando sino el misterio de su profundidad.

Cuando Jesús expresó á los Judíos, que vinieron para acusarle, la divinidad del Hijo de Dios, su igualdad con el Padre y la grandeza de la obra mesiánica, él bien sabía que, aun aceptando esta doctrina,—haciendo abstracción del hombre en quien ella hallaba su aplicación,—ellos se revelarían con el pensamiento de que él mismo fuese este hombre. Su doctrina podía chocar sus ideas estrechas, ofender sus preocupaciones; mas su persona les era un escándalo. La una contrariaba sus opiniones; pero la otra humillaba, estrujaba su amor propio. ¡Cómo! un Galileo, un desconocido, un hombre del pueblo, un pecador, sería el Mesías de la nación! Nada es más difícil de afrontar que el orgullo herido de una clase ó de un pueblo. Las opiniones se modifican y transigen á menudo; pero el orgullo herido ciega al espíritu y cierra al corazón, él se obstina y no perdona.

Jesús, durante toda su vida, ha tenido este obstáculo erigido en su camino: él le halla aquí en toda su violencia altiva, y para retirarle él afirma sus títulos.

¹ Hebreos, IV, 12.

La sola afirmación podía bastar á las almas sencillas que se dejan atraer á la luz y quienes, abriéndose á la verdad, no tardan en saborear los frutos en su conciencia; pero para los espíritus prevenidos que resisten, discuten, se confinan en sus propias ideas, ella suscita una objeción desdeñosa. Cualesquiera que dé testimonio de sí mismo no tiene el derecho de ser creído; la justicia quiere el testimonio de un tercero, y la razón de las pruebas.

Jesús, impasible ante la hostilidad y la malevolencia de sus adversarios, responde que al juzgarse á sí mismo, él no es de aquellos á quienes la ambición personal, ó la voluntad propia, arrastra á desempeñar un papel y á asumir una misión.

—“Yo no juzgo, dijo, sino siguiendo á la voz á quien escucho, no es mi voluntad la que sigo, es la voluntad de Aquel que me ha enviado.

“Yo reconozco, si yo doy testimonio de mí, ese testimonio no es jurídico. Por lo mismo yo tengo otro testimonio además del mío,” para garantizar mi palabra, “y yo sé que su deposición es verídica; ese testigo es Juan. Vosotros habéis enviado á él una embajada; él ha dado testimonio á la verdad,” él ha reconocido ante vosotros mi dignidad y mi función. “Si yo lo invoco, no es porque tenga necesidad del testimonio de hombre alguno,” es por condescendencia á vosotros, “á fin de que creyendo en él” y en su papel de profeta, “vosotros creáis en lo que ha dicho de mí y seáis salvados. Este ha sido una lámpara ardiente y brillante. Pero como los niños que se divierten con la llama, vosotros no habéis querido más que regocijaros un instante con su luz.

“Por lo demás, yo tengo un testimonio superior á Juan, son las obras que el Padre me ha dado para llevar á cabo. “Sí, esas obras atestiguan de mí que el Padre me ha enviado; y el mismo Padre da así testimonio de mí. “Vosotros jamás habéis escuchado su voz ni visto su imagen,” decís; y sin embargo, ¿no me proclamó él á la faz de Juan y del pueblo, en el bautismo, su Hijo muy amado? “Pero la palabra de Dios

no permanece en vosotros; vosotros os cerráis á su luz, porque vosotros no creéis en Aquel á quien él envió.”

“Y las Escrituras,” vosotros enseñáis que se halla en ellas la vida eterna que el Mesías debe traer, “escrutadlas,” leed más allá de la letra, penetrad el sentido y el espíritu; “ellas mismas son las que dan testimonio de mí, y vosotros no queréis venir á mí, para tener la vida que ellas os profetizan.”

La argumentación era rigurosa y sin réplica. Todo lo que podía convencer al Judío más fiel y más ilustrado, al más tenaz y al más exigente, estaba invocado y recordado: la autoridad profética de Juan que vivía todavía y de que nadie podía recusar la independencia y la virtud, las señales manifestadas por las que Jesús afirmaba y justificaba que la potestad de Dios estaba en él, las Escrituras en fin, ese Libro que hacía ley, que mandaba al pensamiento y la vida, que era para todo Israel la palabra eterna é infalible.

Armado de todos estos testimonios, Jesús no logró convencer y persuadir á esos doctores obstinados. Ellos han rechazado á Juan, cuya palabra severa les había flagelado; ellos no han negado los milagros de Jesús, pero los han atribuido á la potestad del mal; ellos no han desechado las Escrituras, pero ellos han rehusado comprenderlas, no pidiéndoles sino santificar sus caprichos y consagrar su religión muy material. Nada domina al sér libre replegado en sí mismo, él tiene el privilegio terrible de desafiar á la verdad, á la razón, á la evidencia, á los llamamientos de la bondad, á las conjuraciones del amor, al encanto de la belleza, á todo, hasta el mismo Dios.

Esta obstinación invencible con la que tropezó Jesús estaba en los designios del Padre y en su propio destino. El la comprueba esta vez en su amarga realidad; y cualesquiera, á cualquier grado, hecha esta experiencia, aprende que una de las mayores amarguras de la vida es la vista del hombre endurecido, rechazando la verdad y atrincherándose en el círculo de sus errores y de sus miserias.

Con una tristeza mezclada de dulzura y de amenaza, Jesús lanzó á los enviados del Sanhedrin estas últimas palabras: "No creáis," que al darme como el Hijo de Dios y que al apremiaros á uniros á mí palabra, "yo busque una gloria humana. Pero yo os conozco: vosotros no amáis á Dios, vosotros no amáis sino á vosotros mismos. Y como yo vengo en nombre de mi Padre, vosotros me rechazáis; mas si otro, sin llamamiento y sin mandato, viene en su nombre," acariciando vuestras preocupaciones, "vosotros le recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, vosotros que os glorificáis, que os halagáis los unos á los otros, en lugar de buscar la gloria que viene de Dios sólo?"

"Yo sé bien que al escucharos, es á Moisés á quien pretendéis glorificar. No soy yo quien os acusará con el Padre, es el mismo Moisés. Si nuestra fe en Moisés fuese verdadera, como creéis en él, creeríais también en mí; porque él ha escrito de mí; pero si vosotros no creéis en lo que él ha escrito, ¿cómo creeríais en lo que yo os digo?"

Jesús hace brillar á sus ojos cerrados un último rayo de luz; él recuerda evidentemente los dos pasajes mesiánicos de Moisés, la profecía de Jacob marcando el tiempo en el que el Mesías aparecerá, el tiempo del cetro arrancado de Judá¹ y la profecía del mismo Moisés, concerniente á la venida lejana del gran profeta semejante á él, y amenazando á los que no le escuchasen con ser exterminados del pueblo.²

Jesús, sin ser inquietado, se alejó de sus jueces y les abandonó á su ceguera, sabiendo que él tenía que temerle todo de su odio.

El misterio de la incredulidad humana está descubierto en el fin de ese discurso, y se prolonga á través de la humanidad en el transcurso de los tiempos, tal como él se muestra, bajo el pórtico de Salomón. La historia evangélica no tiene, como la historia humana, nuevos principios, ella se perpetúa, siem-

¹ Génesis, XLIX, 10.

² Deut., XVII, 15-18.

pre idéntica consigo misma, inmutable en este mundo mortal y variable. El Hijo de Dios aparece, sobre todo, aclamado por el testimonio de los grandes espíritus que le confiesan, de las grandes virtudes que le adoran; sus obras de vida le escoltan, atestiguan la potestad de que él está lleno; y las Escrituras, que han hablado de él antes que él fuese, permanecen un libro abierto ó solo, entre los hombres, él se muestra el Deseado de todos los siglos. Los grandes, los jefes, los maestros del pensamiento, se cierran como los Fariseos judíos, á esos títulos luminosos; ellos desdennan y ellos acusan al único sér enviado para dar la vida eterna de la que está ávida el alma humana.

¿Por qué? Ellos no aman á Dios, ellos no aman ni la Verdad ni el Bien, ellos se aman á sí mismos. La obstinación del espíritu tiene su raíz en el amor de sí; aquel que se ama no ve más que á él y lo que le halaga, él se prefiere á Dios, él es para sí mismo su dios; él rechaza todo lo que no es él, no acepta sino lo que está conforme á sus teorías y á sus intereses.

Cosa extraña, todos esos egoístas se contienen por los lazos de una lisonja mutua, ellos se llaman los unos á los otros, hipócritamente, el primero y el maestro, pero cada uno se cree únicamente el primero y el maestro. Todos ellos tienen su Moisés,—lo que ellos llaman hoy la ciencia ó la razón pura;—pero, como los partidos judíos, cada uno le interpreta á su antojo, y nadie quiere ver sino la ciencia y la razón pura, como Moisés, á su manera, dando testimonio al Hijo de Dios, quien sólo da la última palabra de los orígenes que la ciencia es impotente á penetrar, y la última palabra del destino sobre el que la razón pura siempre ha estado tan incierta.

Esta primera faz de la vida de Jesús, entre el primer llamamiento de algunos de sus discípulos y ese segundo viaje á Jerusalem, manifiesta al héroe y compromete toda la acción evangélica; la manifestación es esplendente, el compromiso decisivo.

Jesús se ha declarado el Hijo de Dios, y él ha inaugurado su ministerio en la misma Jerusalem, á la faz del pueblo y del

poder; ahora, Jerusalem, es la nación entera, el centro de donde emanan las dos potestades á quienes todo obedece: la opinión pública y la autoridad. Sábese lo que es, sábese lo que quiere; por doquiera que él encamine sus pasos, las miradas del pueblo y la vista de los jefes estarán sobre él.

El efecto está obtenido. Del Norte al Mediodía, del Hermon á los confines de la Idumea, del Occidente al Oriente, de la "gran mar," como se llamaba al Mediterráneo; á los vastos llanos del reino Arabe de Aretas, la Palestina está advertida que un gran profeta se ha levantado, diciéndose el Hijo de Dios, probando su misión por prodigios y pidiendo la fe en su palabra. Ella no ignora que los espíritus se dividen á este respecto, que él atrae á la multitud, pero que los jefes del pueblo, casi con muy pocas excepciones, los doctores y los ancianos, la aristocracia de la fortuna, del sacerdocio y de la ciencia, los grandes sacerdotes y el Sanhedrin, le hacen una oposición declarada.

Ellos no ven en él sino á un falso profeta, á un impío, á un blasfemador; ellos le vigilan, le espían, y, temiendo que la multitud, seducida, escape á su autoridad, ellos se han resuelto á obrar con severidad y á tratar á Jesús con todo el rigor con que su ley hiere á los que seducen al pueblo y blasfeman de Jehová.

Así, Jesús, en Jerusalem, no había logrado atraer en la multitud sino algunas almas sencillas y rectas, crearse en la clase superior algunos amigos desconocidos, reservados, tales como Nicodemus y José de Arimatea, provocar en el mundo oficial, guardián de las tradiciones y de las leyes, una repulsión invencible y amenazadora.

El antagonismo de la jerarquía contra Jesús hubiera podido, desde la primera hora, impedir, paralizar y aun anonadar su acción. Pero Dios contiene á la potestad del mal y sujeta á la impetuosidad de sus odios. Por otra parte, Jesús conoce la medida exacta de la oposición que él puede desencadenar, sin perjuicio para su obra; y en tanto que su hora no haya veni-

do, él tiene la sabiduría de huir el peligro, cuando el peligro se hace muy apremiante.

En esta sabiduría es en donde es preciso buscar el motivo histórico por el cual él abandona por ahora la Judea y su metrópoli y va á buscar, en Galilea, un medio más tranquilo, más hospitalario, que le permita fundar la obra de su Reino. Esta fué la tierra predestinada. Puesto que la Judea le rechazó, él se retira de ella, realizando una de las palabras proféticas que seis siglos antes de él, habían ya referido su vida. "Las tinieblas, decía el Vidente, no reinarán siempre sobre la tierra en donde por ahora hay angustias. Si los tiempos pasados han cubierto de oprobio al país de Zabulón y al país de Nephtali, los tiempos venideros cubrirán de gloria el país vecino del mar,¹ más allá del Jordán, el territorio de los Gentiles. El pueblo que marchaba en las tinieblas ha visto una gran luz. Sobre aquellos que habitan el país de la sombra de la muerte, una luz resplandeció."²

Un grave acontecimiento religioso, que había producido una emoción profunda en la nación judía, advirtió á Jesús que el tiempo de dar á su acción todo su desarrollo había llegado. Dios conduce á los que él envía. Los hechos de su vida, los incidentes del medio, el papel que ellos debían tener, se armonizan; las coyunturas se forman por sí mismas bajo la mano invisible que todo lo conduce, y la obra querida se cumplió en contra y sin noticia de los que quisieran sofocarla.

Juan acababa de ser encarcelado.³ El valeroso, el indomable profeta, el penitente hambriento de justicia y lleno de amenazas contra los vicios de sus contemporáneos, aquel que desmascaraba toda hipocresía y no perdonaba á nadie en sus santas cóleras, no vaciló en estorbar un escándalo magnífico. Su voz, que la presencia de Jesús había dulcificado, halló toda

¹ La mar de Galilea.

² Isaías, VIII, 12.

³ Antiq., XVIII, 5, 2; Mat., XIV, 2; Marc., IV, 14; Luc., III, 19.

su vehemencia para reprochar y condenar la conducta de Herodes Antipas. El tetrarca, imitando los ejemplos ímpro de su padre, había repudiado á su mujer, la hija de Aretas, rey de Arabia, para casarse con una princesa de su sangre, Herodías, la mujer de su hermano Herodes Philippo. Esta unión adúltera rebeló á todos los verdaderos Judíos. Juan fué el vengador de la conciencia nacional ultrajada: en nombre de Dios él reprobó á Herodes su crimen.

El tetrarca hubo quizá devorado en silencio la humillación que le infigió el profeta; él era de un espíritu tímido, de un carácter indeciso. Herodías no pudo sufrirla. La imperiosa criatura no tuvo trabajo en hacer del hombre á quien ella había sabido inspirar una pasión ciega, el instrumento de su odio.

Se pretextó, como siempre, la necesidad de velar por el orden público, se fingió ser un peligro en la multitud atraída por Juan: su aserto fué decidido. Era preciso sofocar esa voz importuna. Los soldados de Herodes recibieron la orden de apoderarse de Juan y de llevarle á la frontera de la Perea y de la Arabia, en la fortaleza de Macherous, bajo los montes solitarios y escarpados de Moab.

Concluída su tarea, el hombre de Dios desapareció, dejando á los que deben venir el campo libre; la de Juan está cumplida: los caminos están abiertos, las almas atentas; el Precursor puede callar, Cristo va á hablar y á crear.

LIBRO TERCERO.

EL APOSTOLADO GALILEO.—EL REINO DE DIOS.